


¿Dónde están los adultos?

NINA LYKKE

Traducción de Ana Flecha Marco

gatopardo ediciones 

Título original: *Hvor er de voksne?*

© Forlaget Oktober, Oslo 2025

Publicado gracias a un acuerdo con Oslo Literary Agency y Casanovas & Lynch Literary Agency

Esta traducción se ha beneficiado del apoyo de NORLA,
Norwegian Literature Abroad

NNORLA
NORWEGIAN LITERATURE ABROAD

© de la traducción: Ana Flecha Marco, 2026

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S. L., 2026

Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: mayo de 2026

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de cubierta: © UM STUDIO, 2024

Imagen de solapa: © Agnete Brun

ISBN: 979-13-991406-0-6

Depósito legal: B 9391-2026

Impresión: Liberdúplex, S. L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Vilma e Iris

La cantidad de violaciones de los derechos humanos de un país siempre es inversamente proporcional a la cantidad de denuncias sobre violaciones de derechos humanos que se reciben en ese país. Cuanto mayor sea el número de denuncias que salen a la luz, mejor protegidos estarán los derechos humanos en ese país.

DANIEL PATRICK MOYNIHAN,
político estadounidense

Honrarás a tu padre y a tu madre.
Cuarto mandamiento

Desde hace unos días sopla un fuerte vendaval. Por las noches es como si un gigante agarrara la casa e intentara arrancarla de cuajo, y mientras el viento silba por las esquinas, sueño que me aferro al mástil de un barquito sacudido por el oleaje.

Me despierto, agotada y con el cuerpo dolorido.

Es un viernes de mediados de marzo y enseguida estoy de camino a la tumba de mi madre. Si hubiera logrado salvarle la vida aquella vez hace cinco años, hoy cumpliría ochenta.

En la parada del autobús hay dos jubilados que me observan como si estuvieran esperando una explicación. Pero no lo lograste, protestan. ¿Y por qué no fuiste más cariñosa y amable con ella cuando aún vivía, más indulgente? ¿Tan difícil era?

Y yo me defiendo, de uno en uno, de los viejos y los drogadictos, de los perros, de los bebés y de la gente de mediana edad.

Tampoco es que ella fuera un encanto.

Los viejos, que solo tienen diez o quince años más que yo, responden a coro en un dialecto del norte:

Madre no hay más que una.

Llega el autobús. Va hasta los topes. Los pasajeros se agolpan junto a las puertas.

—¿PODÉIS PASAR AL FONDO? —exclamo, y los pasajeros murmuran y se miran unos a otros, pero hacen lo que les pido. Como un rebaño lento y desgano, pero se mueven. Un hombre me mira fijamente y yo le devuelvo la mirada hasta que él aparta la vista. El autobús huele a ropa de invierno mojada.

Antes no decía nada si alguien se colaba o usaba el móvil con el altavoz activado o se agolpaba junto a las puertas del autobús. Pero entonces quemaron a mi madre en un horno crematorio y ahora está en una urna enterrada en el cementerio de Vestre Gravlund y en un futuro no muy lejano mi cáscara física se transformará también en cenizas dentro de un mar de llamas en una de las zonas industriales del este de Oslo. Todos los esqueletos que se apiñan en este autobús, todos los corazones que laten, todos los procesos vitales que ocurren continuamente, en plena vida cotidiana, y aquí estoy yo, pegada a estas vidas y universos ajenos, y me pregunto qué esconden, de qué se arrepienten y qué tres cosas cambiarían si pudieran. Y dónde vamos, de dónde venimos, qué será de nosotros al final.

Una persona tiene un pastor alemán enorme. Si se pudiera ordeñar o usar su pelaje para algo, todavía, pero lo único que hace es estar ahí tirado, ocupando espacio. En el mismo instante en que pienso esto, el perro levanta la vista hacia mí con el hocico vibrante y me dice:

Pero ahora mismo estamos aquí. Estamos aquí, ahora mismo. Seguimos vivos.

El móvil me vibra en el bolsillo, pero no hago nada al respecto. Estamos demasiado apelotonados para mirarlo.

Cuando murió mi madre, dejé de llevar bolso. De todas formas, en los bolsillos de este abrigo verde de lana que llevo y que heredé de ella después de que ella lo heredara de mí, hay espacio suficiente para el móvil, las gafas y las llaves, que es lo único que hace falta llevar encima. Antes llevaba un bolso de cuero gigante, siempre llenísimo, pero ¿de qué? Lo he olvidado. Y he dejado de comprar ropa. Ahora casi siempre me pongo la vieja ropa de mi madre, la que aún se puede usar de entre todas las prendas que encontré cuando ordené su casa. Algunas de ellas las había heredado de mí, como este abrigo, porque me gustaba darle cosas, aliviaba la sensación de quedarme corta, de no ser capaz de ayudarla, y no me refiero solo a cuando enfermó, sino a todos los años de su vida. Y como cada día nos parecíamos más, sabía que el abrigo le quedaría tan bien como a mí, así que la llamé y le pregunté si lo quería.

—Tendré que probármelo primero —me respondió ella, y entonces fui en coche a su casa con el abrigo y ella se lo probó y posó con él frente al espejo y se dio la vuelta y puso morritos, como hacen muchas mujeres de su generación, y entonces me la imaginé tal como era antes de que naciera yo, cuando se sentaba frente al espejo y se cardaba el pelo a principios de los sesenta.

—Qué guapa estás así —le dije.

No era una afirmación que requiriera una respuesta, y aun así escuché el eco de mis propias palabras, analicé la oración y encontré el error: la palabrita *así*. ¿Acaso no estaba guapa de cualquier otra manera?

A menudo era como si mamá viera y oyera todo lo que los demás susurrábamos de pasada. Las mentirijillas y los enredos en los que nos metíamos. Todos nos enredamos en frases desconsideradas, pero ella no dejaba pasar ni una, nadie se libraba, porque mamá era una agente

de aduanas en busca de productos de contrabando. Todo lo que yo dijera o hiciera se investigaba, se analizaba y se escudriñaba en busca de adulaciones, superficialidades, frivolidades y malas intenciones.

—¿Lo quieres? —le volví a preguntar.

—Bueno —respondió ella—. ¿Abriga?

—Claro, es cien por cien lana merina.

—Entonces no sé si no abrigará demasiado.

—Qué va, abriga lo que tiene que abrigar.

Ahí estaba yo, intentando venderle a mi madre un abrigo que quería quedarme yo y en el que ella no parecía tener ningún interés. Cualquiera otra persona, una persona normal, una hija normal le habría tomado la palabra a su madre y le habría dicho: Bueno, pues igual lo mejor es que me lo quede yo.

Pero yo la conocía, y su expresión facial y su manera de dar vueltas delante del espejo, por no hablar de la sonrisa que trataba de disimular, mostraban que el abrigo le gustaba y que quería quedárselo.

—Y si es tan fantástico, ¿por qué no te lo quedas tú?

—Ese color no me sienta bien —mentí—. Y además no lo uso nunca.

Me bajo del autobús en Majorstuen y en la pequeña floristería de Sørkedalsveien que está en una caravana, pido una corona y una vela para el cementerio. Me atiende un chico con un acento indefinido de Europa del Este. En la caja, saco el móvil para pagar y es entonces cuando veo el mensaje que había recibido cuando estaba embutida en el autobús.

¿Tienes tiempo para charlar un rato?

Ya no tengo ese número en la lista de contactos, y aun así lo reconozco de inmediato.

El datáfono pita.

—¿Quieres el recibo? —me pregunta el cajero.

—Sí, por favor —respondo de manera automática y trago saliva. Se me ha secado la boca, como siempre me ocurría cuando recibía un mensaje suyo en mis peores momentos.

Charlar un rato.

Siento palpitaciones fuertes en el cuello. Como si solo quisiera hablar de quién va a ir a la casa de campo en verano. Siempre lo planeaba todo con muchísima antelación. Las Navidades prefería organizarlas en agosto.

¿Cuándo empecé a pensar en Sigurd en pasado? Como si no estuviera vivo y coleando en una casa en Kjelsås, una casa que nunca he visto por dentro, que solo he visto desde la calle una noche que pasé por delante en bicicleta, muy tarde, porque estaba borracha y no podía dormir. Por lo demás, no he vuelto a poner un pie en ese barrio.

—Se supone que no puedo contarte dónde vive —me dijo Martin cuando se mudaron.

En las Páginas Amarillas encontré su dirección enseñada. ¿De qué tenía miedo Sigurd, mi hijo mayor y el único chico? ¿De que lo encontrara, me sentara en la escalera y me negara a marcharme de allí? Ya sabía que jamás se me ocurriría hacer eso. Pero también sabía que Martin, su padre, me contaría aquello de que bajo ningún concepto tenía que enterarme de dónde se había ido a vivir. Lo que quería Sigurd era, en otras palabras, no que no me enterara de dónde vivían, sino que me enterara de que él no quería que yo supiera dónde vivían.

—Por qué no —pregunté, solo para oír a Martin retorcerse.

—No tengo ni idea —me respondió—. No entiendo nada de todo esto. Si quería romper con alguien, lo más lógico sería que ese alguien fuera yo.

Por aquel entonces, ya habíamos tenido esta misma conversación muchas veces, pero yo no me cansaba nunca. Y agradecía que Martin siempre estuviera dispuesto a volver a dar vueltas al mismo tema.

La siguiente pregunta recurrente era esta:

—Pero ¿tú te darías cuenta si rompiera contigo?

Martin respiraba hondo.

—Seguramente no.

—No, porque a ti te basta con ver a estos viejos hijos tuyos un par de veces al año, claro. Con eso tienes más que suficiente.

—Sí, por desgracia así es.

Por eso me cae bien Martin, porque aunque se fuera a vivir a Stavanger después del divorcio y tuviera tres hijos más y, por lo tanto, haya sido un padre ausente, por decirlo suavemente, a ojos de Sigurd y Ragnhild, por lo menos es sincero.

En un principio, Martin iba a pasar la mitad del año en Stavanger, pero entonces conoció a Karin, que se quedó embarazada y que tenía tres hijos pequeños de una pareja anterior y por lo tanto debía quedarse en Stavanger, y primero tuvieron a su primer hijo y luego llegaron los gemelos, que fueron prematuros y tienen una enfermedad crónica. Dicho de otra forma, la historia de Martin es clara y transparente.

Pero que Sigurd hiciera lo que hizo, que nadie reaccionara. Que yo no pudiera recurrir a nadie. Que no hubiera ninguna autoridad ante la que pudiera denunciarlo. Más bien al contrario. Todas las personas con las que hablaba al principio, se mostraban cautelosas y titubeantes. Como si en el fondo sospecharan que seguramente Sigurd tuviera sus motivos para romper conmigo y, como querían pisar sobre seguro, me trataban como se trata a los locos.

Me decían que sí a todo y me dedicaban frases de apoyo, pero todo era muy general y no había ninguna implicación por su parte. Me llevó mucho tiempo darme cuenta primero de esto y más tarde de que la gente había empezado a evitarme y miraba para otro lado cuando se cruzaba conmigo por la calle.

Ha empezado a nevar. Los coches pasan a toda velocidad, todavía es hora punta, los montones de nieve de un color gris negruzco se extienden a lo largo de Sørkedalsveien y en la acera hay que tener cuidado de no pisar cacas de perro o resbalarse con el hielo.

Mientras subo al cementerio, llamo a Ragnhild. No me contesta. Casi nunca lo hace a estas horas porque, o bien está de guardia, o bien está durmiendo después de una guardia.

Martin tampoco responde. Tiene activado el modo «no molestar». Les mando el mismo mensaje a los dos: *¿Me llamas cuando puedas?*

No les digo que corre prisa, porque quiero que no estén apurados cuando me devuelvan la llamada. Y Sigurd puede esperar. Yo llevo cinco años esperando.